

VOSOTROS y ELLOS

Para los noveles campeones de GENTE NUEVA

Luego de ver volar de mano en mano el airoso puñado de hojas ue, con gran acierto, llamásteis GENTE NUEVA y de escuchar de nos y otros palabras más ó menos entidas, con las que hicieron comentario á vuestro gesto, vinome á memoria aquel pasaje, espejo de realidades como todos los que constituyen el libro síntesis de la raza, el que Don Quijote, dejándose llevar de la humana flaqueza, refleja ansiedad de conocer lo que el mundo piensa a de la primera parte de su historia ya entonces, salida de las prensas.

¿Qué es lo que dicen de mí por lugar? ¿En qué opinión me tienen vulgo, en qué los hidalgos, en qué los caballeros? ¿Qué se platica al asunto que he tomado? Y dice la historia peregrina que el escudero respondió:

Eso haré yo de muy buena gana en condición que no se ha de enojar de lo que dijere».

En ninguna manera me enojaré. Contestó Don Quijote: Bien puedes hablar libremente y sin rodeo uno».

Y vosotros, los de GENTE NUEVA respondéis lo mismo que el hidalgo, y también os prometo flaqueza; pues, para adularos y otros, mejor dejara en reposo la pluma.

Todo pueblo, por pequeño que pueda dividirse en cuadrantes... En el primero, colocaremos á los odones enamorados de la horizontal; los zánganos de la colmena... En estos todo lo que signifique inclinación de su postura, parece bitante, un crimen de lesa grandad... Poned al alrededor del que se dormir un mosquito que se y ya le tendré exasperado y valería su primicia el viento que mueve las hojas... No es sólo decir que para este semanario cae de gracia. Su se reduce al letargo ó nirvana llaman los doctos. Les vá muy lemente en la torre de marfil ellos, GENTE NUEVA es una ría; pero en realidad, lo que les moda es que pueda zamborles... En el segundo, agruparemos á los fichados pesimistas, escépticos, onfiados, indiferentes... ¡Pobres! Yo he visto más de uno con GENTE NUEVA entre las manos y resultó completamente lasano. Tenía el grupo del hombre y el anario, esa inexplicable tristeza algunas alegorías que suelen ar por las revistas en final ó en cipo de año... Ellos y vosotras

los que supisteis libertaros del traqueteo infeliz de la carretera pueblerina, haceis ostentación de fé y de fuerza. ¿Que qué dicen de vuestras hojas? ¡Qué han de decir! No les oigais y haced que ellos os oigan. Esta es una máxima piadosa.

En el tercer cuadrante incluiremos á los que nada les parece bien; á esos pobres espíritus inofensivos, eternos contradictores de toda iniciativa; á esa lamentable casta que cree monopolizar el sentido común y tener la exclusiva del juicio infalible. Son aquellos que contemplan piadosamente al mundo y les sorprende —sin decirlo— que voltean sin pedirles parecer... Para estos, GENTE NUEVA no puede dejar de resultarles una equivocación. Ellos no la habrían creado así; hubieran hecho mayores sus páginas; le habrían dado otro tipo de letra, márgenes más amplios y, sobre todo, distinto titular. Ellos le habrían llamado «El Insuperable» ó «La Perfección Suma». Su juicio, pues, carece de valor.

Y en el otro cuadrante... no todo ha de ser desperdicio en la molinada. Colocaremos á los sensatos, avisados y prudentes, sabedores de justipreciar el valor de las cosas. De estos bien vale la pena de atender sus aplausos, sus opiniones y... ¿por qué no decirlo? sus reservas; que también, amigos de GENTE NUEVA pueden hacerse á vuestra costa.

La aparición de vuestro semanario les ha movido á regocijo, porque ellos saben que en la gente moza radican los gérmenes de vida. Saben que ella es quien únicamente puede emprender la gran jornada; y por esto, mientras vieron vuestra pasividad, mientras os contemplaron indiferentes, mientras os supieron ajenos al problema, se lastimaron y en silencio os guardaban rencor. Pero de pronto, con la velocidad que caracteriza todo empeño de juventud, disteis á la calle vuestro órgano y los sensatos, avisados y prudentes, batieron palmas y os saludaron con generoso parabien. ¿Por qué? Por que el hueco de GENTE NUEVA estaba abierto y sangrando como una herida sobre Berja y vosotros, cerrásteis el hueco restañando la herida.

Ahora bien, camaradas del novel semanario los prudentes no quieren engañarse anticipando excesivos plácemes. Pesa sobre el espíritu de la región un prejuicio doloroso. A los de aquí, se nos reputa indolentes, inconstantes, incapaces de una bien ordenada actividad. Se nos llama disociados, reñidos con todo gesto próspero... y esto es precisamente lo que vosotros, antes que toda otra cosa, debéis tratar de des-

truir. Los prudentes con sus reservas os señalan el blanco.

▲ los de la horizontal, á los zánganos, sacadlos, si podeis, de su torre de marfil. A los desconfiados, escépticos, pesimistas é indiferentes, enseñadles la hibridéz de sus doctrinas con ejemplos fecundos. A los sabelo-todo, perdonadlos... Y á los prudentes, satisfaced su buen deseo, aventando el estigma que sobre todos pesa.

MANUEL SALMERÓN PELLÓN

Problemas escolares

Soberbia y envidia

La soberbia y la envidia fueron las que un día sublevaron á Luzbel y sus secuaces y los precipitaron en la masión de las tinieblas.

Estos dos capitales pecados continúan reinando en el mundo y siendo el origen de todos los desórdenes y conturbaciones sociales. ¿Cómo combatirlos? ¿Cómo redimir al hombre de la esclavitud impuesta por los mismos? La necesidad es imperiosa. En la escuela, cuya labor persigue como fin el derrumbamiento de todos aquellos obstáculos que el hombre pueda encontrar en su marcha por la vida, es, a no dudar, lo donde el combate de redención debe iniciarse; pero en el presente orden de cosas, muy lejos estamos de proceder en tal sentido. Volvamos sinó los ojos a ella y observemos. En esto se hallan ya imperando ambos vicios, y el niño está sumido en la vorágine formada por los mismos.

La sociedad escolar está dividida en dos partes: a una pertenecen los *soberbios*, a otra los *envidiosos*. El grupo primero se halla integrado por los más hábiles, por los niños de inteligencia más despejada. Estos niños, mimados, alentados con cariñosas exhortaciones, llegan a ser juguete de una egolatría sin límites, y terminan por mirar con desden y con desprecio á sus compañeros menos hábiles. El engradecimiento adquirido en tal forma los ha hecho *soberbios*, y soberbios serán siempre.

Al segundo grupo pertenecen aquellos de menor disposición. Estos observan minuciosamente la conducta del maestro, la manera de conducirse el mismo con los primeros, y de tal obserbación nace el odio hacia aquel, la aversión al estudio, la envidia de los demás, la abyección de su alma y el aniquilamiento de todas sus fuerzas intelectivas. El envidioso, siente dentro de sí, algo que impele ciegamente a discurrir el medio de privar a su envidiado